

REXLEXIONES DESDE LA HISTORIA

Pascual Raga*

* Universidad de Valencia, España. E-mail: kerigmakairo

Recibido: 8 junio 2016 / Revisado: 28 junio 2015 / Aceptado: 2 septiembre 2016 / Publicado: 15 octubre 2016

Resumen: Reflexionar, como pensar despacio sobre algo, es el objetivo de nuestro artículo sobre la historia; meditar, cavilar, considerar hoy la historialidad, es tan necesario como el descubrimiento de nuevos indicios que puedan enriquecer el conocimiento histórico. Esta labor es tanto más inexcusable cuando la madurez de una ciencia alcanza cierto grado. En historiología, una de las últimas propuestas reflexivas es la llevada a cabo por la Historia Conceptual (*Begriffsgeschichte*); dicha rama o especialidad historiológica viene abanderada por uno de los más grandes historiadores que tuvo el siglo XX: Reinhart Koselleck. Asimismo, Koselleck es abogado de otra propuesta más reciente, contemplada desde su prismático y particular interés: la Histórica (*Historik*), donde desarrolla una historiología ontológica. Establecido este planteo, vamos a aprovechar sus rendimientos junto con otros, al servicio de la historiología y por ende de la historia.

Palabras clave: Logos, Concepto, Modelo (Cátón), Constelación, Tipología de las Historias, Identidad, Paralipómeno, Historiología.

Abstract: To reflect, since thinking slow about something, it's the aim of our article on history; to ponder, to think today the historiality, it's so necessary as the discovery of new indications that could enrich the historical knowledge. This work is so much more without unremissible when the maturity of a science reaches certain degree. In historiology, one of the last thoughtful proposals is carried out by the Conceptual History (*Begriffsgeschichte*); historiological branch or specialty that comes standard bearer for one of the greatest historians who had the 20th: Reinhart Koselleck. Also, another lawyer

Koselleck's latest proposal, seen from its prismatic particular interest: Historical (*Historik*), which develops an ontological historiology. Established this pose, will leverage their yields along with others, to serve the historiology and therefore history.

Keywords: Logos, Concept, Pattern (Cato), Constellation, Typology of Histories, Identity, Paralipomenon, Historiology.

Reflexionar desde nuestra disciplina es una tarea tan urgente como necesaria, donde la "reflexión será, en definitiva, el medio en el que la pluralidad se unifica dialécticamente evitando la yuxtaposición de los diversos modelos"¹ o «Catones»². "No se trata, entonces, de una inserción híbrida" de los distintos discursos historiográficos, "sino de la voluntad de encontrar una posibilidad de comprensión unitaria del sujeto"³ y del objeto históricos en su mudable devenir. Esta muda, por lo demás, tiene la particularidad de darse en el *continuum* histórico; lo cual es una de las tantas paradojas propias de la realidad: la del "cambio en la permanencia"⁴. Asimismo, dicho *continuum*

¹ Maceiras, Manuel: "Presentación de la edición española", en Ricoeur, Paul: *Tiempo y narración* (vol. I) *Configuración del tiempo en el relato histórico*. México, Siglo XXI, 2004, 9-29 (cita en 18).

² Al menos en el orbe hispanohablante, Catón significaba "modelo, patrón, paradigma", hasta no hace tanto; hoy, lamentablemente, es un arcaísmo metafórico.

³ Maceiras, Manuel: *ibid.*

⁴ Burke, Kenneth: *Permanence and Change*. Nueva York, New Republic, 1935. Asimismo, ya advierte de esta disyuntiva, que es a la par conjuntiva, Koselleck, Reinhart: *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la*

histórico contraviene nuestra imaginación, toda vez que nuestra percepción propende a fijarse en la parte más expuesta de cualquier fenómeno⁵; en el caso histórico, tal exposición parcial de la historia es -cómo no- la propia de la superficie. Superficie que percibimos agitada por el oleaje del tiempo; por esto mismo, incluso pensadores de la talla de Michel Foucault se empeñaron en destacar la “ruptura”, la “discontinuidad”, la “cesura”... Hasta el punto de presentarnos, la historia toda, como la esforzada labor de un grupo de sastres: los historiadores; es decir, que “el tiempo entre costuras”⁶ que podemos percibir en los relatos históricos (o «historiales»⁷) es poco menos que una farsa, puesto que de suyo la “realidad” historiadada, fruto de la confección del historiador, apenas tendría que ver con lo Real (Žižek *dixit*). Realidad que cabría entender como un albur de retales, lanzados aquí y allá al buen tuntún, donde cada retal procede de Dios sabe dónde; y para más inri, esos retales, esos jirones inconexos de mil y una hilaturas temporales, no casarían sin

historia. Barcelona, Paidós, 2001, 35-42 y *passim*. En fin, nadie expone el trasunto del cambio en la permanencia como Nisbet, Robert: “Introducción: El problema del cambio social”, en Nisbet, Robert (comp.): *Cambio social*. Madrid, Alianza, 1979, 12-51 (cita en 12 –en cursivas en el original-): “El cambio es una sucesión de diferencias en el tiempo en una identidad persistente”.

⁵ Esto mismo, pero llevado hasta el extremo del puntillismo en nuestra manera de “prestar atención”, viene ocurriendo sobretodo en Occidente desde mediados del siglo XIX, como muy bien lo estudia Cray, Jonathan: *Suspensiones de la percepción. Atención, espectáculo y cultura moderna*. Madrid, Akal, 2008; dato curioso, nótese que la fecha indicada por el autor se abre con el cierre del famoso *Sattelzeit* de Koselleck. Además, su influencia abarca muchos lances, donde podemos destacar el de percibir “nuestras vidas [como] compuestas de retazos de estados inconexos” (11); igualmente, esto se ha extendido, aunque mucho después, al mismo modo de comprender la historia en manos de algunos autores –incluso de entre los más relevantes (como acabamos de ver supra)-.

⁶ *El tiempo entre costuras* es el título de una excelente novela, obra de María Dueñas (2009).

⁷ Llamamos historial, sin más adjetivos, a todo escrito historiográfico (o plasmación historiográfica). Arrumbamos así la propuesta de Ankersmit, Franklin R.: *Narrative Logic: A Semantic Analysis of the Historian’s Language*. Dordrecht-Boston, Martinus Nijhoff, 1983, 87; allí, Ankersmit llama *narratio* a la peculiar “escritura de la historia”.

la esforzada ayuda humana, esfuerzo completado de tanto en tanto por el omnipresente y tozudo “azar” –dioscillo fabuloso, reverenciado con muchos nombres a lo largo de su dilatada y peculiar historia⁸-. ¡Pardiez!

No hace falta una perorata para contestar el embrujo foucaultiano, hechizo por lo demás muy bien denunciado en su día por Michel de Certeau. En efecto, Michel Foucault es el principal valedor de la antecedente visión sobre nuestros trabajos historiadores, visión que entre otros defectos peca de reduccionista. Así, cabe aclarar que la historia en migajas (Dosse *dixit*) no es una historia pulverizada y barrida por el viento; de este modo, dichas migajas si-guen encontrándose todas en la misma mesa (y no tan lejos unas de otras, con lo cual se pueden reconstruir, aunque sea poco a poco y trabajosamente, bastantes capazos con los panes de donde proceden). Es más, los muchos retales históricos están bastante bien estudiados y catalogados, en líneas generales; y con ellos, el historiador nunca ejerce de sastre, porque el hilo narrativo es como aquel de Ariadna: ni más ni menos que el hilo tendido para poder entrar y salir del laberinto que es el pasado. Ida y vuelta y viceversa realizables, gracias a la narración histórica, con ciertas garantías de salir indemnes del acechante Minotauro que en nuestro caso es el olvido. Y en cuanto a esa suerte de “ontología de los sarpullidos históricos”, ese afán de recontar (y contar y volver a contar) las innúmeras historias que supuestamente no cesan de brotar *ex nihilo*, no son dichas elucubraciones sino unas rebuscadas imposturas intelectuales⁹; pues: ¿quién no sabe que todo viene del pasado?, ¿o es que alguien ignora que lo pretérito no es solamente lo extraño, lo lejano y hasta lo caduco?, ¿acaso no se nos impone la presencia del pasado a poco que repararemos en cualquier cosa?, y ¿cómo es que nos llega toda esa herencia, si a lo largo de la historia no cesan los *coitus interruptus*? Conocemos las respuestas. De hecho, si algo prima ayer, hoy y siempre es la tremenda conexión (“conectividad” decimos ahora) de cuanto hubo, hay y

⁸ González, José M.: *La diosa Fortuna. Metamorfosis de una metáfora política*. Madrid, Antonio Machado Libros, 2006.

⁹ Sokal, Alan D.: “Transgressing Boundaries: Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity”, en *Social Text*, 46/47, Durham, 1996, 217-252.

habrá. Y va a más; no solo en el presente, por el reactivo que es la globalización, sino también con el pasado (ya que cada vez conocemos mejor el pretérito) y con el futuro (la repercusión tecnológica en el porvenir, para bien y para mal, es como un colosal Efecto Mariposa —el concepto es de Edward Lorenz—). Por último, y sobre lo recién dicho, tal conectividad apabulladora queda muy bien reflejada con el trasunto de las Constelaciones Conceptuales, las cuales son tratadas infra.

Volvamos a la atractiva superficie de lo habiente, cuya representación son los llamativos acontecimientos; huelga señalar que ella es solo una porción de la realidad, aunque sea la más vistosa y debatida. En verdad y por descontado, queda todavía ese mar profundo que es el pasado, tanto más profundo y misterioso cuanto más alejado esté del presente. Y allí, en las honduras del piélago que es la historia, no hay en cambio ni rupturas verdaderas, ni crestas espumantes coronando “las olas que alzan las mareas en su potente movimiento”; porque “esta historia, casi situada fuera del tiempo,” todavía tiene sobre sí “una historia de ritmo lento: la historia estructural”¹⁰. Dicha temporalidad histórica braudeliana, que nosotros calificamos de «vertebral», es el penúltimo *amortiguador* que salvaguarda celoso todo tiempo pasado de la voracidad del futuro.

Asimismo, la deducible tensión histórica entre “lo agitado” y “lo quieto” también da que pensar, pues ya el trabajo historiador es una expresión análoga de tal fenómeno (verbigracia, el paralelo de “agitación y quietud” con “individual y colectivo” nos da una pista de la fertilidad de la citada tensión; fertilidad sobre la que volveremos hacia el penúltimo punto del presente artículo). De hecho, tal tensión es el quid de la realidad, como lo es respectivamente del escrito en intermitente tensión con su soporte; y en particular, aquí pensamos en el escrito historiador, donde dicho texto tensiona la inmóvil fijación que lo soporta, en inversa proporción a lo que se vaya creyendo que en verdad dice lo allí plasmado. Y esta variable creencia en ciertos significados —y no otros— se aquilata socialmente, cómo no, toda vez que nuestro

¹⁰ Braudel, Fernand: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (vol. I). México, FCE, 2010, 18 y 17.

texto es sometido al “juicio” de sus lectores y oidores (por «oidores» entendemos a cuantos saben del texto en cuestión, más con la circunstancia añadida de no haberlo leído ellos mismos)¹¹; así, cuando el número de ciertos posicionamientos alcanza una importancia notable se genera una suerte de canon, guía o Catón, el cual irá creciendo por retroalimentación (Elias diría: “la propia vida del *sistema*”) hasta que una futura predominancia (Williams *dixit*) lo desbanque. Y ni hay más salidas: o no fijamos lo que pensamos, y entonces se olvidará nuestra versión de los hechos y aún su constancia en algún lance (casos del testigo único o del único informante, por ejemplo), o fijamos lo que sabemos, y entonces entramos en el juego incesante de las interpretaciones. Por lo tanto, ¿con qué carta nos quedamos?, ¿nos “callamos” o nos “comprometemos”? La repuesta la podemos tomar de *l'enfant terrible* del periodismo, Charles Scott: “El comentario es libre, pero los hechos son sagrados”¹².

Y del apólogo sobre la reflexión historiológica pasamos, brevemente, a recordar a uno de sus grandes representantes: Reinhart Koselleck (1923-2006). Así, en unos trabajos anteriores¹³, ya laudábamos a este desaparecido historiador, quien fue uno de los investigadores de la historia más hermeneutas del siglo pasado. Y hoy queremos volver a honrar su memoria, aprovechando el presente “momento reflexivo de la

¹¹ Esta labor del lector, fundamental como se puede apreciar, no lleva tanto tiempo reconocida. Así, en una carta escrita por Wittgenstein (ca. 1919) a su amigo y editor, Ludwig Ficker, a propósito del sentido del libro que nuestro filósofo se traía entonces entre manos (el *Tractatus*), apunta Wittgenstein: “Mi obra se compone de dos partes: de la que aquí aparece, y de todo aquello que no he escrito. Y precisamente esta segunda parte es la más importante” (citado por los prologuistas Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, en Wittgenstein, Ludwig: *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid, Alianza, 2002, ix). Además, dentro de las partes “dichas” todavía hay que contar con la lectura entre líneas, la cual también compete al lector (máxime cuando tal lector es un historiador).

¹² Scott, Charles P.: “A Hundred Years”, en *Manchester Guardian*, Manchester, 5-mayo-1921, 23.

¹³ Raga, Pascual: “Historia e historia”, en *Norba*, 20, Cáceres, 2007, 209-224; más Raga, Pascual y Raga Vicente: “Historia/historias. Koselleck/White”, en *Historia Actual*, X, 10, Cádiz, 2012, 157-184.

operación histórica”¹⁴. Comenzaremos por ello fijándonos –aunque libremente– en sus contribuciones, en particular las que corresponden a las líneas de investigación sobre la conceptualización historiadora y sobre la Histórica, así como en su última contribución: el liderazgo de un grupo de trabajo alrededor del trasunto intitulado: *Monumentos funerarios e imágenes de la muerte, entre arte y política*¹⁵. Por otro lado, y cómo no, también exploraremos con diversas “herramientas” otras cuestiones al caso.

1. EL PASAJE CONCEPTUAL

En orden al conocimiento, ya se vivió con la oralidad un primer paso importante: el conocido tránsito del *Mythos* al *Logos*; de este modo, la metáfora cedía su importancia a la explicación de la misma. Empero, una vuelta más nos traerá una suerte de péndulo: el paso de la Palabra (*Logos*) al Concepto (Idea del *Logos*); paso que es un salto cognitivo crucial en el devenir humano. Y decimos que es un paso crucial porque el retorno a la metaforización implica, entre otras consecuencias, el alcance de un alto grado intelectual; en efecto, este retorno quiere decir que primero se coloca la descripción del asunto (*Logos*) y después hacemos su resumen (Concepto).

Veamos lo recién dicho un poco más despacio. En primer lugar, pensemos que con la mítica la operación era la contraria a la que se acaba de aludir en el párrafo anterior, pues el mito es ya un resumen de lo que se pretende dar a entender con el mismo; y esto tiene su miga, pues una de las razones del decaimiento de la mitología clásica, de su “estar pasada de moda”, es precisamente que se desconoce lo que preten-

de mostrar sintéticamente. Ejemplos de lo que estamos diciendo hay muchos, más vamos a dar una muestra a contrario, pues no todos los mitos clásicos han desaparecido¹⁶; así, tenemos el mito de Psique, mujer de belleza tan deslumbrante que hasta provoca los celos de Afrodita. Hoy no es más que un término desusado, pese haber dado origen, entre otros vocablos (*psique*, *psiquis*, *psicosis*), a dos ciencias (ambas de capital importancia hoy, por demás): la psicología y la psiquiatría. De este modo, el hecho de que aquella bella muchacha decantara en un concepto espiritual, para después ir conceptualizándose en diversos términos, además de perder por el camino su sinonimia con el alma humana, da para una pausada reflexión¹⁷; más, ¿tenemos esa reflexión? Ya sabemos cuál es la contestación académica: un rotundo *no*. Y esto no es, ni más ni menos, sino el resultado del olvido de la explicación del mito original (vid. n. 16); explicación elidida seguramente porque en su génesis no era necesario dar otras razones, al bastar con el significado que el símbolo mítico evocaba a poco que se le mentase. Pero pasa el tiempo, mueren los hombres que forjaron dicho mito, y la memoria colectiva, ente frágil donde los haya, adquiere otras respuestas entretanto otros interrogantes acaparan su atención; y en lógica consecuencia, entre poder desaparecer o poder travestirse, quiso la muy humana estoicástica¹⁸ que Psique se minusculizara primero al convertirse en un sustantivo común, transitando más tarde a ser la raíz de varias palabras, como decíamos supra.

Bien, no vamos a proseguir con el excursus abierto. Pero la historia sí prosigue. Por eso, queremos señalar ahora que la historia nunca se detiene, por más que el “exitoso” Francis Fukuyama dijera lo contrario; antes bien, somos nosotros quienes hodierno la hemos abandonado¹⁹. En cuanto a llamar “exitoso” a Fukuyama, no es por finiquitar la historia (1989), sino porque sin ser suya la teoría del Fin de la Histo-

14 Dosse, François: *La historia: conceptos y escrituras*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2004, 10.

15 Aunque la temporalidad y la perspectiva principales no son siempre coincidentes, no podemos menos que recordar aquí la resonancia kosellequiana en la estela historiadora holandesa y gala; en particular, Johan Huizinga, Michel Vovelle y -sobre todo- Ariès, Philippe: *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*. Barcelona, Quaderns Crema, 2005. En cuanto a nuestro historiador alemán, motivo de esta remitencia, nos referimos por ejemplo a Koselleck, Reinhart: *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid, CEPC, 2012.

¹⁶ Con todo, tales mitos antiguos han pervivido al dárseles una explicación, que ya no es la original; y es que dicha explicación original está olvidada, principalmente porque no fue fijada en su momento.

¹⁷ Vid. López, Santiago: *Mitología y Psiquiatría*. Jaén, Rey Alí, 2007, 157-160.

¹⁸ Dicho concepto, proveniente de la Física, alude a todo proceso de evolución aleatoria.

¹⁹ Cruz, Manuel: *Adiós, historia, adiós. El abandono del pasado en el mundo actual*. Oviedo, Nobel, 2012.

ria se le reconoce a él, generalmente, como si fuese su “descubridor”. En verdad, y contando con los consabidos antecedentes inspiradores (Hegel, Weber), dicha teoría de tonos apocalípticos fue formulada casi una década antes (1980) por Alexandre Kojève; para más inri –injusticias de la fama-, y pese a ser Fukuyama la comidilla de muchos debates y análisis todavía inconclusos a día de hoy²⁰, resulta que encima la tesis de Kojève se ajusta más que la de Fukuyama a la realidad que estamos viviendo. Así, en su artículo: “El Capitalismo y el Socialismo: Marx es Dios; Ford es su profeta”, Kojève entiende que el fin de la historia adviene al estar decantándonos por un sincretismo hartado paradójico: el capitalismo-socialismo²¹; y no le falta razón, pues no otra cosa quiere ser el dichoso Estado del Bienestar (*Welfare State*), el cual solo recientemente ha comenzado a verse cuestionado y amenazado –sino defenestrado-, a causa sobretodo de la galopante última gran crisis económica global (2008-2014).

Y una buena prueba del dinamismo histórico la encontramos, también, en el por ahora último gran avance de nuestras bases cognitivo-lingüísticas; este adelanto postrero, siguiente salto tras el mentado pasaje del Logos al Concepto, también lo hemos de visitar en estas páginas. Nos referimos, claro está, al paso del Concepto a la Constelación Conceptual (Benjamin *dixit*). Aunque la etiqueta es benjaminiana

²⁰ Y ello sin contar con las múltiples traducciones de su libro sobre el caso (unas 23), publicado años más tarde (1992) como una ampliación, asertiva, de lo que inicialmente fue solo un interrogante; además, tenemos los resultados de Internet sobre Fukuyama: más de un millón en Google y más de treinta mil en Google Académico. Volviendo con la estrategia, la de publicar primero un artículo interrogativo, como para sondear posibles respuestas, y después lanzar el libro lapidario, también resultó exitosa; en efecto, la adoptaría por ejemplo Huntington, para mejor difundir su tesis del “Choque de Civilizaciones”. Aquí dejamos al albur del lector la conclusión de esta *coincidencia*, pues las preguntas que suscita el proceder de Fukuyama y de Huntington son muchas, sin que haya de momento una respuesta siquiera esbozada; a bote pronto, nosotros inquiriríamos: ¿falsa modestia?, ¿inseguridad?, ¿retórica?, ¿artimaña?

²¹ Kojève, Alexandre: “Capitalisme et socialisme: Marx est Dieu; Ford est son prophète”, en *Commentaire*, 9, París, 1980, 135A-137.

(1925)²², la Constelación Conceptual tampoco es reciente en realidad; de hecho, toda teoría, todo esquema, toda concepción del mundo (*Weltanschauung*), todo tratado, todo modelo o Catón, son como una suerte de conjunto o constelación de muchos conceptos interrelacionados²³. Interrelación que, además de calcar la realidad social –al menos la sociedad idealmente deseable-, es muy importante por otro motivo: en efecto, estos Catones tienen como función primordial la de orientarnos en algún aspecto, cuanto menos, de nuestro vivir diario. Y si pueden hacerlo es gracias a la red, intelectual y modélica a la par, que su mentada interrelación conceptual establece. Estamos, pues, llamando a la puerta de una “ecología del conocimiento”²⁴.

Volviendo por un momento a los orígenes conceptuales, no ignoramos que ya en la mal llamada Prehistoria (c. 200.000 aC-9.000 aC) las representaciones rupestres poseen una vertiente de compendio histórico; vertiente compartida con sus esferas artística, comunicativa, mágico-religiosa, socializante, etcétera. Tal resumen²⁵ continúa en la Edad Vetusta²⁶ (9000aC-

²² Benjamin, Walter: *El origen del ‘Trauerspiel’ alemán*, en *Obras* (vol. I/1). Madrid, Abada, 2006ss, 217-459 (cita en 230): “Las ideas son a las cosas lo que las constelaciones a las estrellas”; es decir: “no son ni sus conceptos ni sus leyes. [...] Mientras que los fenómenos, con su existencia, comunidad y diferencias, determinan la extensión y contenido de los conceptos que los abarcan.”

²³ Cabe advertir que la interrelación conceptual, como se desprende de lo dicho por Benjamin en la nota anterior, es mayormente arbitraria y hasta totalmente mudable en el tiempo y el espacio (cronotopos*).

*Entendemos por “cronotopo” todo tiempo y espacio acotados para su estudio. Dicho concepto es de Bakhtin, Mikhail M.: *Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación*. Madrid, Taurus, 1989, 237-239.

²⁴ Gaddis, John L.: *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*. Barcelona, Anagrama, 2004, 190ss.

²⁵ Manifiesto además en otras modalidades, por supuesto, como son los ritos fúnebres principados con los neandertales, o las prácticas de los tatuajes y las “pinturas corporales”, o los distintos tipos decorativos en tantísimos objetos y artefactos.

²⁶ Con esta nominación nos referimos, por supuesto, a lo que ha venido llamándose inadecuadamente “Protohistoria”, es decir: la “historia más antigua”;

2500aC), donde tenemos por escrito los primeros esbozos contables, gestores, nomotéticos, genealógicos y narrativos (transcripción de los mitos, sobretodo). De cualquier modo, habrá que esperar a la Edad Antigua (2500aC-476dC) para asistir por primera vez al mentado “cambio en la permanencia”, siquiera sea de manera proteica; en efecto, allí se comienza a entender cabalmente que muchos sucesos son como figuraciones de otros tantos, distantes no sólo en el tiempo sino también en el espacio, y hasta en las culturas y sus diversos campos²⁷.

Finalmente, y por descontado, todas las palabras son conceptuaciones de lo que referencian; incluso los conectores más simples: “que”, “a”, “de”, “y”, “con”, “o”, “por”, etcétera, son alusiones a una instancia más allá de su grafía. Por no repetirnos²⁸, basta con señalar que desde la común y olvidada metaforización de todas las palabras, señalada por Nietzsche y retomada por Gadamer y Koselleck, el “concepto” se distinguiría del resto lingüístico al aglutinar de forma compleja y abstracta muchas significaciones, reflexiones, patrones vitales (otra vez el Catón) y actuaciones, no pudiéndose deslindar del mismo el significado de su significante²⁹; con ello, podemos entender que “las cosas [conceptuadas] no son [necesariamente] universales, pero los conceptos pueden serlo: basta con no confundir las unas y los otros para que permanezca abierta la vía de la búsqueda de un «sentido común»”³⁰. No obstante, y a pesar de lo que enseguida veremos infra, dicho distingo entre “palabra” y “concepto” solo se impondrá, sin interrupciones hasta hoy, en fechas muy recientes, pues todavía en 1819

huelga insistir que la historia más antigua es la que abarca el período mediado desde la aparición del *Homo sapiens* hasta, en datación por ahora aproximada, el año 127000 aC, por mor de los primeros enterramientos neandertales.

²⁷ Said, Edward W.: *El mundo, el texto y el crítico*. Barcelona, Random House Mondadori, 2008, 303-330, nomina estos intercambios como “ideas y teorías ambulantes”.

²⁸ Raga, Pascual y Raga, Vicente: “Historia/historias...”, op. cit., 167-171.

²⁹ Koselleck, Reinhart: “Introducción al *Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana*”, en *Anthropos*, 223, Barcelona, 2009, 92-105 (cita en 102).

³⁰ Todorov, Tzvetan: *Las morales de la historia*. Barcelona, Paidós, 1993, 40.

Schopenhauer los tenía mayormente por sinónimos³¹.

2. RIZANDO EL RIZO: NACE EL CONCEPTO DE “CONCEPTO”

Etimológicamente, en cuanto a la genética de la conceptuación, el término “concepto” deriva de concebir (*concipere*), y nacerá español; vocablo aparecido en 1220-1250 —en su versión latina—, sus significados eran “quedar preñada” y “formar idea”. Siempre según Corominas, hacia 1460 surgirá “concepto”, apoyado ahora a partir del latín *conceptus*, con sus significados ya más depurados de “acción de concebir” y “pensamiento”³². Así pues, en la Edad Media (476-1453) se hablaba más bien de cánones, pensamientos, modelos, sentencias o espejos (en fin: Catones); y será hacia el final de la misma cuando irrumpirá, con el primer humanismo italiano y sus irradiaciones, el susodicho término *conceptus* (rápidamente vulgarizado allí como *concepto*). Dicho término fue enseguida acaparado por el arte, en concreto el literario, y no venía a significar entonces, más que de modo aproximado, el uso que se le daría después desde la ciencia y el conocimiento en general. Así, casi doscientos años más tarde (1648), y todavía bajo la férula de la poesía conceptista, Gracián daba todavía la siguiente definición para “concepto”: “se saca con evidencia, que el concepto, que la agudeza, consiste también en artificio”, pues “no se contenta el ingenio con sola la verdad, como el juicio, sino que aspira a la hermosura”³³.

De cualquier modo, para el sentido de “concepto” como proyección mental, que nos ayuda a comprender la experiencia y a reflexionar sobre la misma, será Francisco Suárez el primero en definirlo. Más lo hace, por supuesto, en lengua

³¹ Schopenhauer, Arthur: *El mundo como voluntad y representación* (vol. I). Madrid, Trotta, 2009, especialmente 88-107; aquí dirá, e. gr., que “solo conceptos son lo que las palabras designan” (102). Ergo, de aquí se sigue que Friedrich Nietzsche pueda ser considerado un precursor de lo que hoy entendemos mayoritariamente por “concepto”; de hecho, en 1887 publica su *Genealogía de la moral*, donde distinguirá de forma neta entre “palabra” y “concepto”.

³² Corominas, Joan: *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Gredos, 1987, 164.

³³ Gracián, Baltasar: *Agudeza y Arte de ingenio* (vol. I). Madrid, Castalia, 1969, 54.

latina. En su obra *Disputaciones metafísicas* (1597) presenta, verbigracia, el “concepto formal” y el “concepto objetivo”; estos son definibles, respectivamente, como la idea que nos hacemos sobre algo y su representación simbólica. Estos dos prototipos de “concepto” son desarrollo, a su vez, del embrión ideado por santo Tomás de Aquino en el *Compendio teológico* (1270) y en la *Suma teológica* (1274). Con todo, aunque el trabajo de Suárez alcanza mucha difusión, Descartes todavía hablará de “pensamientos” en vez de “conceptos” (1637); más el principal motivo del retraso para el uso de “concepto”, en el mentado campo cognitivo, adviene por la preponderancia del latín a la hora de redactar obras intelectuales. Así, habrá que esperar a las traducciones y producciones vernáculas del siglo XVIII para asistir a su afianzamiento; por entonces, el uso literario de “concepto” ya está de capa caída, pues el conceptismo muere con el Barroco que lo alumbró. En fin, la fusión del “concepto formal” y el “concepto objetivo”, en el simple “concepto”, también se operó pronto, siendo obra de Thomas Hobbes (1643). Hobbes pugnaba entonces con Suárez, como queda recogido en un manuscrito inédito por entonces³⁴, sobre ésta y otras muchas cuestiones; luego, siguió ahondando dicha fusión, en sus *De Corpore* (1655) y *De Homine* (1658)³⁵, siendo un dato curioso para nosotros el que negase la capacidad de abstracción de los conceptos. Tal negación de la capacidad conceptual para abstraer, hoy chocante, era fruto de una corriente de pensamiento con cierto imperio en su época. En efecto, este influjo epocal tan ajeno a nuestro tiempo es mayúsculo, lo cual dobla nuestra sorpresa, pues Hobbes era aristotélico; y es que había sido Aristóteles, precisamente, el primero en defender el laborar abstracto (*aphaireis*) como una facultad inherente al ser humano.

Dicha abstracción todavía espantará a Spinoza, como lo podemos leer en su *Tratado de la reforma del entendimiento* (1661); empero, el

³⁴ Manuscrito editado tras su descubrimiento, más de tres siglos después, como Hobbes, Thomas: *Critique du De Mundo de Thomas White*. París, Vrin, 1973. Este texto también es conocido, entre los estudiosos hobbesianos, como *Anti-White*.

³⁵ Forteza, Bartomeu: “La influencia de Francisco Suárez sobre Thomas Hobbes”, en *Convivium*, II, 11, Madrid, 1998, 40-79 (cita en 56).

caso es distinto, porque Spinoza no niega el pensamiento abstracto, sino que advierte a cualquier pensador de sus peligros: “En efecto, cuando se conciben las cosas de este modo abstracto y no por su esencia verdadera, la imaginación produce en seguida confusiones”³⁶. De cualquier modo, tampoco ahora pasará mucho tiempo en verse rehabilitada la abstracción, pues John Locke la coloca en su justo término: uno de los trances fundamentales en la formación de las ideas y en la adquisición de conocimientos. Las páginas que dedica Locke, a dicha rehabilitación, conforman el Libro II de su obra: *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690), Libro intitulado “Acerca de las ideas”. A partir de aquí, aunque habrá algún amago a contrario, como el de minimizar la abstracción -operado por Hegel³⁷-, el auge de las ciencias y la llegada del arte abstracto terminarán de aupar la abstracción; de esta guisa, hoy día el pensamiento abstracto sigue reconocido como una cualidad propia de toda mente adulta sana.

3. LA FAMILIA CONCEPTUAL: EL EJEMPLO DE LA “CULTURA”

Al igual que su término general o hiperónimo (el más que nombrado “concepto”), la extensa familia conceptual presenta una agitada historia de avatares semánticos. Por descontado, esto es válido para cada uno de sus términos específicos o hipónimos, y a continuación queremos fijarnos en uno de ellos: el “concepto de cultura”.

A propósito de la “cultura”, controvertido y muy empleado concepto (como ya decíamos), vamos a notar algunas precisiones en primer lugar, al hilo de la importancia desprendida de su conceptualización para la historiología³⁸;

³⁶ Spinoza, Baruch: *Tratado de la reforma del entendimiento*. Buenos Aires, Elaleph.com, 2000, 33.

³⁷ Minimización recogida, por ejemplo, en Hegel, Georg W. F.: *Enzyklopädie der philosophischen Wissenschaften im Grundrisse*. Heidelberg, UH, 1817, 280-283; así, Hegel consideraba que la abstracción “es tan sólo un momento intermedio en el proceso fluido que va del conocimiento del objeto como algo sensible [...] al conocimiento de su naturaleza intrínseca” (Ferreiro, Héctor: “La abstracción en la teoría del conocimiento de Hegel”, en *Apuntes Filosóficos*, XXI, 41, Caracas, 2012, 1-12 (cita en 3)).

³⁸ O ciencia que estudia la historia, *apud* Ortega y Gasset, José: “La «Filosofía de la historia» de Hegel y

además, resulta ejemplar impagable de los problemas inherentes a toda conceptualización. Así, ya los lindes con otros conceptos no estaban claros, pues al concepto de “cultura” se le hizo sinónimo el concepto de “civilización”, el cual a su vez fue parcialmente parasitado por el término “nación”³⁹. De este modo, no era fácil escapar de la confusión mentada, entre otras razones porque lo propio de los conceptos es el ser polívocos e históricos⁴⁰. Mas, como esta conjunción indeseable concurrió especialmente por motivos históricos, bien podemos -y debemos- deslindar tales significados del concepto en cuestión, a fin de cambiar su polivocidad en polifonía⁴¹; y es que, como dice Arendt, lo interesante del conocimiento es su comprensión, actividad que “precede y sucede al conocimiento”. En efecto, “la comprensión previa, que está a la base de todo conocimiento, y la verdadera comprensión, que lo trasciende, tienen en común que ambas hacen que el conocimiento tenga sentido”⁴².

Yendo ya a la historia de “cultura”, sabemos que arranca del latín *colere* (cultivar), a través de

su participio pasivo *cultus* (cultivado)⁴³; de ahí, el francés antiguo (siglo XII) los transcribió como “coutiver” y “couture”. Hacia finales del siglo XV, el segundo término evolucionó a “culture”, por lenición vocálica y sonorización consonántica, de donde pasó a otros idiomas: al inglés (1483), también como “culture”; o al español (1515), como “cultura”⁴⁴. Más no sería hasta la Época de la Ilustración (1648-1826) que “cultura” pasase a significar, de forma figurada, el cultivo personal. Después, a partir del siglo XVIII y también en Francia, se acuña el concepto de “civilización” (*civilisation*), que será pronto calcado a la definición de “cultura” manejada en aquel momento. Así, fue Victor de Riquetti, marqués de Mirabeau (1757)⁴⁵, quien estrenó el entonces neologismo, siendo concebido inicialmente como “el proceso colectivo y original que hizo salir a la humanidad de la barbarie”⁴⁶. Con todo, más de un siglo después (1865), y sin duda por el influjo de Goethe (1808)⁴⁷, todavía constaban volanderas definiciones como: “*Cultura* o civilización, tomada en su amplio sentido etnográfico, es aquel complejo conjunto que incluye el conocimiento, la creencia, el arte, la moral, la ley, la costumbre y muchas otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de una sociedad”⁴⁸. Como vemos, del significado plural personal de “cultura” se había pasado al singular colectivo (análogamente, y en fechas pariguales, dicho pasaje de una voz plural –aunque en esta ocasión, solo

la historiología”, en *Revista de Occidente*, 56, Madrid, 1928, 145-176.

39 El concepto de nación aparece inicialmente en la Francia del siglo XVIII, y en Alemania con Fichte (1808). Dicho concepto connotaba entre otros el aspecto pedagógico, aspecto que hermanaría y haría a los hombres mejores; “Hasta el punto de que surja entre nosotros no una educación popular, sino una educación nacional propia de alemanes [la cual] será la base de la futura unidad alemana, en la que, gracias al desarrollo de [dicho] proceso pedagógico, se conseguirá la creación de un pueblo nuevo, que habrá sabido asimilar lo mejor de todas las tradiciones cultas anteriores” (Fichte, Johann G.: *Discursos a la nación alemana*. Madrid, Aguilar, 1977, 60-61).

40 Koselleck, Reinhart: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, 1993, 117.

41 La “polifonía” [...], lejos de considerarse como simple polisemia que propicia vaguedad y confusión conceptual, hay que admitirla como expresión de la riqueza del concepto en sus diversas funciones” (Velasco, Ambrosio: “Heurística y progreso de las tradiciones en las ciencias y las humanidades”, en *Ipse* (coord.): *El concepto de heurística en las ciencias y las humanidades*. México, Siglo XXI, 2000, 222-237 (cita en 235).

42 Arendt, Hannah: *Ensayos de comprensión 1930-1954*. Madrid, Caparrós, 2005, 376.

43 Otros significados de *colere*, como “honor” o “adoración”, darían otros términos: e. gr., “dar culto”.

44 Corominas, Joan: *Breve diccionario...*, op. cit., 185.

45 Weulersse, Georges: *Les manuscrits économiques de François Quesnay et du marquis de Mirabeau aux Archives Nationales, inventaire, extraits et notes*. París, Geuthner, 1910, 19-20.

46 Benveniste, Émile: *Problemas de lingüística general* (vol. I). México, Siglo XXI, 1974, 212.

47 Efectivamente, Goethe afianzó la unificación de los términos *Kultur* y *Bildung*, como lo señala Tonnelat, Émile: “Kultur. Histoire du mot, évolution du sens”, en VVAA.: *Civilisation. Le mot et le Idée*. París, La Renaissance du Livre, 1930, 61-79 (cita en 67). Parafraseando a Johann W. Goethe: “los modos de pensar y de sentir, y por lo tanto de actuar, e incluso de organizarse en un país concreto”, vendrán comprendidos por los conceptos de cultura, formación (*bildung*) y civilización indistintamente.

48 Tylor, Edward: *Researches into Early History of Mankind and the Development of Civilization*. Chicago, UCP, 1964, 1.

casi individual- a una voz singular colectiva, lo experimentó asimismo el concepto de “historia”⁴⁹); más, de cualquier modo, ambos términos (cultura y civilización) todavía andaban maridados por aquel entonces.

Afortunadamente, desde 1836 se establece una primera diferencia, graduándose cultura, formación y civilización. La primera (*Kultur*) correspondería a los campos de las ciencias y las artes o refinamiento; la segunda (*Bildung*) sería la educación personal propia de cada país o pedagogía⁵⁰; y la tercera (*Zivilisation*) sería la humanización o civilidad. De este modo, ya nos encontramos más cerca de unas definiciones cabales de estos conceptos, en verdad imbricados pero asimismo con posibilidad de ser deslindados. Con todo, hemos de tener presente que “hacia finales del siglo XIX el sentido de los términos *Zivilisation* y *Kultur* se había escindido, mientras que *Bildung* no había llegado a adquirir ningún significado de carácter general más allá de la lengua alemana”⁵¹. En efecto, para el caso español por ejemplo (en lo que hace al término *Bildung*), es imposible “encontrar un equivalente en castellano que aglutine la pluralidad de sentidos presente en la voz alemana. Escoger un término español entre los posibles – creación, forma, instrucción y cultura, entre otros- supondría menoscabar la riqueza semántica del concepto”⁵². De cualquier modo, por claridad expositiva nosotros notábamos “formación”, a fin de hacernos una idea aproximada de lo que pretende significar el susodicho concepto. Y en buena medida corrobora Koselleck nuestra tentativa, ya que tras ser “inicialmente un concepto teológico, [y] posteriormente un concepto pedagógico ilustrado, adquirió [desde] la época de Mozart su significado enfático y autorreflexivo”; así, *Bildung* tendría

“como objetivo posibilitar y generar lo excepcional de una individualidad sin prescindir por ello de su trabazón con la sociedad”⁵³.

Sobre el mote “civilización”, y a modo de condición inicial, de cara a un comentario más detenido sobre dicho concepto, queremos seguir en esta ocasión la estela escolástica, la cual hizo del principio clarificador su razón de ser⁵⁴; por tanto, proponemos entender “civilización” como la ayuntadora proyección política, idearia e ideológica⁵⁵ de la convivencia multicultural históricamente asemejada, asimismo transmitida sobre todo desde las instancias del poder dominante⁵⁶ (es decir, una transmisión que se da en especial desde las potestades del momento considerado –o cronotopo-, aunque sin acaparar su influjo como único, pues la contestación al poder, más o menos virulenta, también es una «cliocostante»⁵⁷; de ahí que el conflicto resulte una baza tan importante como decisiva en nuestras vidas (Girard *dixit*), independientemente de cuál sea la escala en que se le estudie). Por otro lado, a sabiendas hablamos de multiculturalidad en nuestra definición, porque, inclusive en las civilizaciones más estrictamente monoculturales –si es que hay tal cosa-, en verdad siempre cabe distinguir varias culturas, con sus subculturas y contraculturas⁵⁸; incluso en la

⁴⁹ Koselleck, Reinhart: *Historias de conceptos...*, op. cit., 92.

⁵⁰ Panofsky, Erwin: *Arquitectura gótica y pensamiento escolástico*. Madrid, La Piqueta, 1986, 39.

⁵¹ El distingo entre “ideario” e “ideología” es pertinente, al menos desde Karl Marx –con la excepción del orbe anglosajón-. De este modo, por ideario entendemos todo sistema o programa (Catón) de pensamiento; entretanto la ideología es sinónimo fetén de “mala conciencia” (Cruz, Manuel: *Adiós, historia...*, op. cit., 16).

⁵² Williams, Raymond: *Marxismo y literatura*. Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009, 149, donde vemos que lo “que resulta decisivo no es solamente el sistema consciente de ideas y creencias, sino todo el proceso social vivido, organizado prácticamente por significados y valores específicos y dominantes”.

⁵³ La cliocostante es un *trend* o tendencia histórica, cuya peculiaridad reside en su universal perduración *ab initio homines*.

⁵⁴ La “«subcultura», definida como una cultura parcialmente autónoma dentro de un ámbito más amplio, [y] el concepto de «contracultura», [entendido como] una subcultura que se define a sí misma en contraste y en conflicto con una cultura mayor, que la rodea”, son las explicaciones para estos con-

⁴⁹ Esta historia de “historia”, la desmenuza muy bien Koselleck, Reinhart: *Futuro pasado...*, op. cit., 41-66.

⁵⁰ Humboldt, Wilhelm von: *Über die Kawi-Sprache auf der Insel Java* (vol. I). Berlín, Academia de Berlín, 1836, xxxvii-xxxviii.

⁵¹ Pagden, Anthony: “Cultura y Civilización: Reflexiones sobre la historia de las ciencias humanas”, en *Antropología Social*, 4, Madrid, 1995, 9-18 (cita en 9).

⁵² Koselleck, Reinhart: *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid, Trotta, 2012, 49-93 (cita en 49 –se trata de una nota del traductor, Luis Fernández Torres).

sociedad más pequeña. Así, desde la cultura del chamán o brujo en la tribu más exigua, a las varias culturas del Siglo de Oro (1492-1681), pasando por las culturas políticas del republicanismo español, hasta las culturas actualmente señaladas como tales: gastronómicas, enológicas, capitalistas, juveniles-contestatarias, etcétera. Siempre la multiculturalidad es el denominador común de toda agrupación humana. En otro orden de cosas, aunque sin abandonar el “hilo”⁵⁹ multicultural, cuando son varias las civilizaciones agrupadas por su parentesco cultural, fenómeno hoy elevado a su máximo exponente a causa de la globalización, tenemos que hablar de «coiné»; acopia esta categoría civilizaciones incluso muy dispares en principio, por mor de unos expedientes: 1) de atracción, 2) de conveniencia o 3) de sobresimilitud (más sus combinaciones).

Antes de proseguir, hagamos unas precisiones de los expedientes recién citados: 1) En la instancia de la atracción juega un papel muy importante la envidia, socializadora donde las haya⁶⁰, y aquí podemos colacionar el ejemplo de Japón, occidentalizado de *motu proprio*; también pensamos en el caso de China, aunque solo *casí* en el mismo sentido (y ello porque este último ejemplo presenta ciertas reservas concluyentes, que enseguida apuntamos). De cualquier modo, cada uno de estos casos representa una de las principales variantes ofrecidas por las culturas descollantes de la civilización occidental: la liberal-capitalista y la comunista (pero el caso chino, como ya avisamos, realmente no explaya una occidentalización acabada, hasta el punto de conformar junto a su orbe de influencia una coiné aparte: la Sínica; en efecto, el trasunto chino ejemplifica más bien otro proceder cultural distinto: el de los préstamos o apropiaciones interculturales⁶¹). 2) La

ceptos de Burke, Peter: “Historia cultural e historia total”, en Caspistegui, Francisco J. y Olábarri, Ignacio (dirs.): *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid, Complutense, 1996, 115-122 (cita en 117).

⁵⁹ Cfr. Ginzburg, Carlo: *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires, FCE, 2010.

⁶⁰ Schoeck, Helmut: *La envidia y la sociedad*. Madrid, Unión, 1999.

⁶¹ Dicho proceder (préstamo, apropiación) no es un expediente como los tres citados (atracción, conveniencia, sobresimilitud), pues estos últimos al fondo

instancia de conveniencia (léase interés recíproco) queda reflejada, por ejemplo, en el frente común ofrecido por los musulmanes *contra* el resto del mundo⁶²; así, los distintos credos (suní, chií, sufí) y sus varias situaciones políticas se amalgaman más que a menudo, con el fin de ejercer una mayor presión sobre el resto de la comunidad internacional. 3) Y por fin la instancia sobresimilar, verbigracia representada por los actuales pueblos cuasi prehistóricos, no conexionados entre sí más que por su grado cultural (entendamos esto bien, pues no decimos que sean “inferiores” al resto mundial, sino que viven en una edad histórica muy anterior a la vivida hoy por el resto del mundo); empero, este hecho conectivo-cultural-etario los sitúa en una misma línea problemática de cara al resto del globo.

Y volvemos con la cultura, por terminar donde empezamos. Así, hodierno podemos entender la palabra “cultura”, tras las sucesivas ampliaciones significantes citadas, como: el conjunto de ideas, modos de vida, creencias, conocimientos, técnicas, artes y costumbres propias en un tiempo y lugar (cronotopo) o grupo social (cronotopo restringido). Asimismo, tenemos unas definiciones dialécticas recientes, que nos pueden guiar (son Catones) hacia una mejor comprensión del concepto de marras; de esta guisa, citamos seguidamente una terna de ellas: 1) Si seguimos a Seyla Benhabib, “la cultura sería el espacio social en donde los portadores de esquemas de clasificación crean, recrean y negocian las claves interpretativas y los límites imaginarios de su realidad social”⁶³. 2) O si-

son variantes de una relación de tipo mimético, y por tanto pueden darse o no darse; en el ínterin, los “préstamos” y las “(re)apropiaciones”, junto a otros ítems, con ser asimismo variaciones miméticas lo que cambia es su cualidad, la cual resulta más determinante que relacional, y por tanto se dan *volens volens*.

⁶² Como aparece en la Biblia, refiriéndose a los ismaelitas (Gn 16, 12): “Su mano contra todos y la mano de todos contra él”. Tal sabemos, Ismael, hijo de Abrahán y Agar, es considerado el “padre” de los árabes, y por extensión, de los musulmanes que vendrían casi dos milenios después -a partir de Mahoma-.

⁶³ Citada en Beriáin, Josetxo: “Cruzando la delgada línea roja: las formas de clasificación en las sociedades modernas”, en *Utopía y Praxis Latinoamericana*,

guiendo a otro autor, “la cultura [sería] un contexto dentro del cual pueden describirse todos [los] fenómenos [sociales] de manera inteligible, es decir, densa”⁶⁴. 3) Y cerrando, “la cultura [sería] el conjunto de creaciones de sentido que los hombres deben efectuar para poder vivir”⁶⁵. En suma, ya hemos dicho que las definiciones de las culturas que manejamos son auténticos Catones, pues guían nuestra comprensión de las mismas (tal acabamos de apuntar); más de un modo que multiplica por “N” la utilidad anterior, las propias culturas son asimismo Catones, pues con sus ubérrimos componentes, cada cultura es una Constelación Conceptual. Y se trata de una constelación colosal, ya que las culturas nos permiten tanto leer lo que sucede en el mundo como orientar nuestras actuaciones, nuestros pensamientos, nuestros gustos, nuestras elecciones... Más no podemos olvidar el reverso de tanta gracia; por tanto, e indefectiblemente, también la cuasi incontrolable adscripción a unas culturas estrecha las miras gnoseológicas, en particular en cuanto hace al conocimiento elaborado por una *Weltanschauung* ajena a las mismas.

¿De esta conclusión recién servida podemos sacar algo positivo? Porque el panorama parece no pintar muy bien. La respuesta es sí; ya que aquí, el dilema estatal-económico clásico, entre proteccionismo y libre comercio, puede ilustrar al menos el *desideratum* de una solución al problema planteado. Es decir, y como está más que demostrado, cuando cierta industria “nacional” alcanza un poderío suficiente (esto es, cuando su balanza contable es más que positiva) hay que retirar los aranceles aduaneros, para que pueda competir con el “depredador” mundo extranjero; quizá no sobreviva al *choque*, pero si lo hace su prosperidad está garantizada (al menos en cuanto hace al terreno de la competitividad, porque, y también es obvio, ningún negocio debería en cualquier caso “dormirse en los laureles” –por su propio bien). En esta línea, y sin que sea obligado llegar hasta el extremo del *outsider* intelectual (pen-

samos en Benjamin, en Certeau, en Said), hemos de esforzarnos en pro de la mayor apertura mental posible; esto no es fácil, ¡ni mucho menos!, pero la recompensa vale la pena: Una mejor comprensión del mundo.

Visto lo visto, vamos a examinar a continuación una Constelación Conceptual historiológicamente *ad hoc*, aunque solo sea a vuelapluma; como se puede esperar tras leer el párrafo anterior, dicha constelación está abierta a toda crítica o sugerencia. Incluso, por qué no decirlo, nuestro esbozo de teórica no cierra sus puertas ni a las descalificaciones bien argumentadas (si fuese el caso).

4. LA CONSTELACIÓN CONCEPTUAL: HACIA UNA TIPOLOGÍA DE LAS HISTORIAS (EL LEGADO DE LA HISTORIK)

Entre la historia y la naturaleza hay ciertas semejanzas; así, independientemente del lenguaje y sus convenciones, ambas realidades siguen siendo reales (valga la redundancia); asimismo, ambas realidades están *tan más allá* de nosotros como a la par estamos nosotros *en* ellas. Por otra parte, la naturaleza se conduce de maneras predecibles y accesibles, incluso cuando no existe modo de expresarlo⁶⁶; y lo mismo podemos decir de la naturaleza del pasado, ya que podemos asimismo encontrar su hilo conductor en las huellas disponibles del mismo (al menos en su “trazo más grueso”; en cuanto a las mentadas “huellas”, pensamos en Warburg y sus “engramas”, y en Bloch).

Por ello, es más que lícito teorizar sobre la historia, como se teoriza sobre la naturaleza, a pesar de los reparos de muchos autores⁶⁷. Así, como la teoría de la historia ya está servida hace mucho, siendo su nombre “historiología”, solo damos un breve apunte sobre la misma; seguidamente, pasaremos a tratar su aspecto menos trabajado, cuyo anuncio intitula este

XI, 32 (enero-marzo), Maracaibo, 2006, 11-38 (cita recogida en 33).

⁶⁴ Geertz, Clifford: *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 1997, 27.

⁶⁵ Rösen, Jörn: “Historiología: Esquema de una teoría de la historiología”, en *Memoria y Civilización*, 15, Pamplona, 2012, 415-447 (cita en 417).

⁶⁶ Peirce, Charles S.: *Values in a Universe of Chance: Selected Writings of Charles S. Peirce*. Nueva York, SU, 1958, 84.

⁶⁷ De forma señalada queremos citar a Ovejero, Félix: *La quimera fértil. El despropósito de la teoría de la historia*. Barcelona, Icaria, 1994. Si destacamos a este gran economista es porque, en general, merece nuestra admiración; huelga decir que en esta ocasión no concordamos con él.

punto: La Tipología de las Historias (*Historik*) o Paralipómeno.

Hablar de historiología presupone saber que nuestra ciencia “describe un modo determinado de reflejar el pensamiento histórico”⁶⁸. Por supuesto que esto lo hace de muchas maneras, y con distintos métodos (incluso en un mismo historial), amén de emplear variados procedimientos y auxilios; y también por supuesto, emplea la metodología científica en su desempeño⁶⁹. Aparte otras particularidades y precisiones, que aquí orillamos hasta mejor ocasión, la historiología investiga y reflexiona sobre su objeto (el pasado) y sobre ella misma como disciplina; y aquí entra el historiador, pues cualquier ciencia –como toda creación humana– está compuesta por personas. Tal historiador es sujeto y objeto a la vez (O’Gorman *dixit*), más ello no molesta la tarea historiadora; antes bien la favorece (también dejamos para otro escrito la explicación de este paradójico aserto). Al fin,

⁶⁸ Rösen, Jörn: “Historiología...”, op. cit., 416.

⁶⁹ El método científico (o método hipotético deductivo) presenta los siguientes pasos a seguir: “Planteamiento del problema, construcción de un modelo teórico, elaboración de un plan de recogida de datos, análisis estadísticos de la información recopilada, toma de decisiones sobre las hipótesis alcanzadas, e introducción de las conclusiones en la teoría (de modo que si los resultados no apoyan la teoría de base, ésta deberá modificarse para dar lugar a nuevas hipótesis)” -Blanca, María J., 1998: “Estrategias de investigación científica”, en Gallardo, José A. y Trianes, María V. (coords.): *Psicología de la educación y del desarrollo*. Madrid, Pirámide, 47-83-. En cuanto al método historiográfico, se suelen referir la “crítica, la comprensión o interpretación, la explicación, la reconstrucción o construcción o composición, y la expresión; o si se prefiere llamarlas todas en griego, lo que da siempre un aire más científico, sobre todo ante el profano, diríamos: heurística, crítica, hermenéutica, etiología, arquitectónica y estilística. Estas operaciones no deben entenderse tanto como rigurosamente sucesivas, cuanto como ingredientes lógicos diferenciados dentro acaso de cada uno de los actos concretos llevados a cabo por el historiador desde el comienzo mismo de su actividad, desde que se le ocurre, quizá sólo vagamente, el tema a que la dedicará” –Gaos, José: “Notas sobre la historiografía”, en Matute, Álvaro (ed.): *La teoría de la historia en México (1940-1973)*. México, Septentas, 66-93 (cita en 78)-. El origen, aunque resumido, de este método historiográfico es Droysen (1889), quien hablaba de: Heurística, Crítica e Interpretación.

¿qué se hace con el objeto (el pasado) desde el sujeto (aquí, el historiador)? Lo que siempre viene haciendo toda ciencia: adquirimos conocimiento del mundo; y dicho conocimiento se adquiere, científicamente hablando, al ir averiguando cómo y por qué funciona nuestro mundo como lo hace. En el caso de la historiología, la parcela mundanal privilegiada que se pretende conocer es lo que ya pasó; para ello, se narran tramas de acontecimientos y síntesis de lo acaecido en los más diversos cronotopos (que pueden, o no, centrarse en determinadas personas, situaciones, trasuntos variopintos), y se formulan tesis, más siempre aplicando un cuestionario básico o «pilón» para interrogar el pasado: qué, quién, dónde, porqué, cuándo, cómo, cuánto y cuál. En cuanto a la formulación de las tesis, podemos mencionar el ejemplo de las teóricas relativas a la periodización, o a los motivos, causas y significación⁷⁰ de la Modernidad, o al estudio de cómo influye una creencia en diversos cronotopos y escalas⁷¹ (local, nacional, global), etcétera. En suma, y para finalizar nuestra incursión en la Gran Teoría (Skinner *dixit*), Gran Teoría que en nuestro caso pasa por el prisma historiográfico, escuchemos a Jürgen Kocka: “Las teorías históricas son sistemas de categorías y conceptos consistentes y explícitos, que sirven para el desarrollo y la explicación de determinados fenómenos y fuentes históricas, pero que no son suficientes para poder ser deducidos de las fuentes”⁷².

Tras el apunte teórico general, pasamos a explorar la taxonomía historiográfica, cuyo antece-

⁷⁰ Esta trinidad nuclear de la historiología no está jerarquizada, pues cabe atender por igual a cada uno de sus miembros; simplemente, nosotros pensamos que dicho orden es el proceder más lógico a la hora de investigar. Aunque esto no es así para todos; de hecho, y según tiempos, hasta se han acentuado uno o dos de los mismos en detrimento del resto, como ocurre hoy (cfr. Skinner, Quentin R. D.: “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, en *History and Theory*, VIII, 1, Middletown, 1969, 3-53, quien ya señala la postergación de la búsqueda de la causalidad por la búsqueda del significado).

⁷¹ Revel, Jacques (dir.): *Jeux d’échelles. La microanalyse à l’expérience*. París, EHESS-Gallimard-Seuil, 1996.

⁷² Kocka, Jürgen: “Theorien in der Sozial und Gesellschaftsgeschichte. Vorschläge zur historischen Schichtenanalyse”, en *Geschichte und Gesellschaft*, 1, Berlín, 1975, 9-42 (cita en 9).

dente lo tenemos en Jean Bodin; en efecto, Bodin plasmó en 1566 la primera taxonomía historiográfica, con su famoso *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*. En fin, y aunque nos repitamos, tenemos queremos decir que lo mismo que se ha tipologizado la naturaleza, podemos hacer una tipología de la historia; tipología que hemos presentado en plural: “las historias”. Este plural se justifica porque historiográficamente, y desde otros campos también, son muchos los relatos sobre el pasado; lo cual no quita que al fin, lo sabemos ya, todas las “historias” están comprendidas en la “historia” (Koselleck *dixit*). Y aquí empiezan las diferencias, pues para la naturaleza basta con una única narración (aunque, es verdad, en este punto no hay pleno acuerdo); relato unánime, insistimos, que se irá ampliando y corrigiendo, más nunca particularizando. Y es que la naturaleza puede ser épica, pero no es heroica⁷³.

Dicha tipología historiográfica es la que llamamos Paralipómeno (“crónicas olvidadas”), o Sistema-mundo-histórico. El mismo funciona, en parte y como venimos apuntando, como una taxonomía; siendo por otro lado, y la vez, “la doctrina de las condiciones de posibilidad de historias (*Geschichten*)”, al modo de la Histórica kosellequiana⁷⁴. Y así, el Paralipómeno también “inquiere aquellas pretensiones, fundadas teóricamente, que deben hacer inteligible por qué acontecen historias, cómo pueden cumplimen-

⁷³ Al fondo de nuestra distinción funge la misma naturaleza de la historia, pues, como muy bien apuntan Goodfield, June y Toulmin, Stephen: *El descubrimiento del tiempo*. Buenos Aires, Paidós, 1968, a propósito del distingo temporal entre “tiempo natural” y “tiempo humano”, sólo al ser humano cabría achacarle “intención en sus actuaciones”. Asimismo, muy relacionado con esta diferencia tenemos el debate sobre si lo natural es repetible entretanto lo humano destaca por su irrepetibilidad; aunque el asunto es más complicado de lo esperable a primera vista (vid. Cruz, Manuel: *Adiós, historia...*, op. cit., 21ss), lo cierto es que la naturaleza solo saca de sí lo que ya tiene (cuanto menos en potencia), mientras que el hombre además saca de sí lo que no tiene (lo artificial, por ejemplo). En fin, lo natural es replicante y reproductor, mientras que lo humano es también absurdo y creador.

⁷⁴ Koselleck se apropia y reformula el proyecto homónimo de Droysen, Johann G.: *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*: Barcelona, Alfa, 1983 (su primera edición data de 1858, y de 1883 es su última versión).

tarse y asimismo cómo y por qué se las debe estudiar, representar o narrar”⁷⁵.

Veamos en primer lugar la taxonomía historiográfica. En concreto, queremos mostrar una primera orientación del trasunto taxonómico, a fin de conocer cuales con las condiciones iniciales del mismo (Prigogine *dixit*); de este modo, hemos de consentir que “no [hayamos estado tan] preocupados [por] incluir todo lo necesario como [en] señalar implícita o explícitamente dónde podría ir cada cosa, incluso aquéllas de las que nada digo”⁷⁶. Segunda cuestión: No creamos, ni por un momento, que una taxonomía pueda ser un asunto baladí; antes bien, “la función de la ciencia es la clasificación de los hechos y el reconocimiento de su concatenación y de su significación relativa”⁷⁷. Pero aquí entra en juego el puntilloso trasunto de las creencias. Como dijera un alumno de Kant, Hans Vaihinger (1911), sobre muchas cuestiones hacemos “Como-si” el mundo encajara en nuestros Catones⁷⁸. Hasta que dejamos de hacerlo, al sustituir dichos modelos por otros. No otra cosa son los cambios de paradigmas científicos, bien estudiados por Kuhn.

Y esto mismo es lo que está ocurriendo con la premisa taxonómica; o sea, es como si la susodicha función clasificadora ya no fuese la mejor definición de la taxonomía. En efecto, sobre la “taxonomía” en cuanto tal pesa un sambenito quizá perdonado pero no olvidado; tanto es así, que todavía hoy sufre la *ciencia del taxón* un amplio descreimiento. Ello no impide, por otra parte, que se apele a la taxonomía cuando se estima conveniente (léase fariseísmo). Genéticamente, dos son las personas que más han contribuido a engendrar dicho estigma: Jorge Luis Borges y Michel Foucault. El primero, ataca de soslayo a la taxonomía en general, desde su cuento: “El idioma analítico de John Wilkins” (1952); en esta humorada, Borges cita muy cervantesco al doctor Franz Kuhn, quien “atri-

⁷⁵ Koselleck, Reinhart, en Gadamer, Hans G. e *Ipse* (él mismo): *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Paidós-ICE/UAB, 1997, 70.

⁷⁶ Andrés-Gallego, José: *Historia general de la gente poco importante. América y Europa hacia 1789*. Madrid, Gredos, 1991, 8.

⁷⁷ Gordon Childe, Vere: *Los orígenes de la civilización*. México-Madrid, FCE, 1975, 10.

⁷⁸ Vaihinger, Hans: *Die Philosophie des Als Ob*. Leipzig, Felix Meiner, 1922.

buye a cierta enciclopedia china, que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*”, una pintoresca clasificación:

“En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, **esto** sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas.”⁷⁹

En cuanto a Foucault, solo vamos a decir que aprovecha el cuento borgiano para escribir un libro (*Las palabras y las cosas*, 1966), crítico y polémico como suelen ser sus trabajos; allí ahonda contra la taxonomía, entretanto en otros textos criticará también la “totalización” – en particular la histórica, como vimos-, siendo que ambos extremos (taxonomía y totalidad) en verdad van de la mano por más que tengan un engarce problemático (como enseguida podremos comprobar). De este modo, para contrariar el hilo de este ánimo, bien podemos advertir que toda taxonomía es como una suerte de enmienda a la totalidad; y no porque se pretenda poner en entredicho la completud de la realidad, antes bien, el hecho de taxonomizar es reconocer/denunciar cuánto desconocemos de dicha plenitud de lo real. Subsiguientemente, la taxonomía es una parte del intento de conocer, pues ejerce de mapa intelectual⁸⁰; dicho mapa nos facilita una escala y una clave aseguibles a nuestra limitada comprensión, donde:

“la categoría de *Totalidad*, que está en el centro mismo del pensamiento dialéctico, ante todo prohíbe una separación rigurosa entre la reflexión sobre el método y la investigación concreta, que son las dos caras de una misma moneda. En efecto, parece

cierto que el método sólo se encuentra en la investigación misma, y que ésta sólo puede ser válida y fructífera en la medida en que toma conciencia progresivamente de la naturaleza de su propio avance y de las condiciones que le permiten progresar”⁸¹. Este último aviso, digámoslo ya, resume a la perfección el lugar que ocupa el trabajo taxonómico en la gnosis, pues la taxonomía es una de las condiciones que permite progresar el método al interior de la investigación.

Y ahora pasamos directamente a la sistemática mundi-histórica. Como decíamos antes, una buena definición/descripción del Paralipómeno sería aquella que lo entiende como un Sistema-mundo-histórico; como tal “trinidad intelectual”⁸², el Paralipómeno así entendido conceptúa, explica e interpreta lo biológico, lo social y lo psíquico de sí mismo. Así: temporaliza, describe y categoriza sus Entornos (concepto de Javier Echeverría), Cuerdas (concepto de Mario Bunge):

“Miembros (léase personas -con no pocos intrusos, incluidos los inhumanos-), límites, estructuras, grupos, reglas de legitimación y coherencia y demás. De esta guisa, su *vida* resulta de reproducir todos los planos de las fuerzas conflictivas que mantienen a su modelo (o Catón) unido por tensión, entretanto lo desgarran en la medida en que cada uno de los grupos (y algunos solitarios poderosos) busca eternamente remodelarlo para su beneficio, y ello dentro de un marco suprahumano cambiante. Tiene así las características de un organismo, en cuanto a que tiene un tiempo de vida paralelo al de la realidad que investiga y esclarece, tiempo durante el cual sus características cambian en algunos aspectos y permanecen estables en otros (otra vez el cambio-permanencia). Y todo esto último al compás, nuevamente, de lo acaecido en efecto. Además, la *vida* en su seno está en gran medida autoincluida, y la dinámica de

⁷⁹ Borges, Jorge L.: *Obras completas (1923-1972)*. Buenos Aires, Emecé, 1974, 708 (el cuento completo ocupa las 706-709).

⁸⁰ Una de las propuestas más recientes, y acertadas, es aquella que postula la ventaja gnoseológica de solapar diferentes mapas cognitivos, incluidos los provenientes de distintos campos o parcelas del saber; huelga decir que un mapa, del tipo que sea, también es un Catón.

⁸¹ Goldmann, Lucien: *El hombre y lo absoluto. “Le Dieu caché”*. Barcelona, Península, 1968, 7.

⁸² Andrés-Gallego, José: “Lo positivo de la secularización en la historia”, en *Memoria y Civilización*, 15, Pamplona, 2012, 287-300.

su desarrollo es en gran medida interna⁸³; más no por ello se menoscaba su buena cuota de servidumbre vital (sin que quepa hablar de determinismo), así como tampoco amengua la injerencia antisistémica que hoy conocemos bajo una forma especialmente notoria, la cual a menudo va resultando históricamente decisiva (Alterglobalización, Primavera Árabe, Zapatismo)”.

No vamos a pormenorizar y analizar la lista de los elementos del Paralipómeno, puesto que es bastante extensa y ya la tenemos expuesta en otro lugar⁸⁴; en vez de ello, pasamos a comentar un concepto de cada uno de sus apartados. Estos apartados son tres: 1) El organizativo o invariante; 2) El estructural o variante; 3) Y el histórico o condicional. Tal se colige, se corresponden con cada uno de los nombres del trío o trinidad nominal arriba apuntado: “sistema”, “mundo” e “histórico”. Asimismo, aprovechamos para recordar que estos nombres tienen correspondencia con las tres dimensiones del ser humano: la biológica, la social y la trascendente. En efecto, todo sistema tiene una organización invariante, como un cuerpo humano, y de este modo experimenta cambios sin dejar de ser el mismo organismo toda su vida (dimensión biológica); también tiene todo sistema una estructura variante, como los distintos mundos sociales que han ido variando a lo largo de la historia y de las geografías, y aún en una misma sincronía y un mismo lugar⁸⁵ (dimensión social); y por último el apartado histórico, cuya temporalidad condiciona todo sistema, pues aúna los cambios y las variaciones, los cuales suceden - como venimos diciendo- por mor de las nove-

dades que operan sobre las tradiciones (dimensión trascendente). Aquí puede no entenderse el último paralelo: historia-trascendencia, más el eco religioso del segundo término no debe despistarnos; así, por trascendente entendemos todo aquello que nos sobrepasa, todo aquello que está más allá de nuestra inmediatez, todo aquello, en fin, no reducible a la materia hasta el punto de que el solo materialismo⁸⁶ no basta para dar razón de ello.

Yendo ya al anunciado comentario, comenzamos con un basamento (invariante): basamento trinitario también, pues está compuesto por el *Dortnichtsein* (No-ser-allí), el *Hersein* (Ser-aquí) y el *Dasein* (Ser-ahí)⁸⁷. El No-ser-allí remite a nuestro pasado, tanto el individual como el de la especie, con ser una condición genética. Efectivamente, sin pasado no hay presente ni futuro. Dicho No-ser-allí lo podemos reconocer, al menos, de tres modos: 1) En la Doctrina Cristiana de la Caída, donde Adán y Eva son expulsados del Paraíso, lugar de dicha y plenitud vital no mancillado por el sufrimiento ni por el mal (aquí, ni más ni menos, tenemos una inmejorable metáfora de cómo el hombre transitó de la animalidad a la humanidad, con no poco endiosamiento por el camino); 2) En el hecho traumático del nacimiento, donde somos arrojados fuera de la seguridad del útero materno⁸⁸; y 3) En el no menos chocante fin de nuestra infancia, cuando por la madurez etaria dejamos atrás un “paraíso” de cuasi inocencia. En cualquier caso, esta carencia ontológica explica que seamos unos sujetos siempre deseantes⁸⁹, por estar siempre insatisfechos; y de aquí se deriva también que se busque el paraíso perdido, ya sea político (comunismo), social (comunitarismo), religioso (fundamentalismo) o artificial (drogas). El Ser-aquí remite a nuestra condición más inmediata, esto es: el imperativo biológico;

⁸³ Wallerstein, Immanuel: *El moderno sistema mundial* (vol. I) *La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. México, Siglo XXI, 1979, 489s (hemos prescindido del entrecomillado porque nuestras intercalaciones son numerosas, lo cual dificultaba la lectura de una cita tan larga -y muy jugosa, como se puede apreciar-).

⁸⁴ Raga, Pascual: “Jules Verne y H. P. Lovecraft o unas teorías para la historia”, en *Brocar*, 36, Logroño, 2012, 7-52 (cita en 42-51). El análisis pormenorizado del Paralipómeno, dentro del conjunto más amplio de la teoría historiográfica, lo estamos acometiendo en un libro que nos traemos entre manos.

⁸⁵ Un entendimiento muy semejante al presente remite lo tenemos en Campillo, Antonio: *Variaciones de la vida humana. Una teoría de la historia*. Madrid, Akal, 2001.

⁸⁶ Siempre audaz, Walter Benjamin propone la alianza entre el materialismo histórico y la teología, única capaz de enfrentar cualquier problema con éxito (esto ya lo dice en la primera de sus famosas “Tesis sobre la historia”).

⁸⁷ Heidegger, Martin: *Ser y tiempo*. Madrid, Trotta, 2003.

⁸⁸ Sloterdijk, Peter: *Esferas* (vol. I) *Burbujas*, Madrid, Siruela, 2003.

⁸⁹ “Máquinas deseantes” es el nombre que nos deberíamos dar, según Deleuze, Gilles y Guattari, Félix: *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1998.

este elemento del basamento más esencial⁹⁰, asimismo, es el último bastión de nuestra Identidad⁹¹. Y por último el Ser-ahí, que es “el estar arrojados al mundo”, lo cual es una condición proyectiva; bien estudiado por Heidegger, no vamos a extendernos más es su desmenuce, aunque sí diremos que su “cifra” es la *esperanza* (y la esperanza no falla, añadiría san Pablo).

Para la parte estructural del Paralipómeno, de naturaleza variante, vamos a tratar los “personajes”; de esta guisa, aunque casi siempre se trate de personas, al ser recogidas historiológicamente se convierten en personajes, ya que el estudio histórico no es integral con cada ser humano, sino que coge de quien sea lo que le interesa para su investigación. Y así, cuando hay personas relevantes en el ámbito local, regional, estatal y aún mundial, cuya intervención suele ser históricamente decisiva en los distintos campos: político, artístico, religioso, ideológico, etcétera, se les llama “personalidades”. Dichos personajes, en sentido amplio, constituyen el motor de la fundamental influencia carismática, pues “no cabe negar el influjo en la marcha de la Historia, a veces decisivo, [...] del dinamismo genial de los héroes”⁹². Hemos de hacer una advertencia preliminar, a propósito de la naturaleza de los personajes, pues versa sobre su carácter dual, tal como medio dábamos a entender supra; así, aunque al fondo siempre aludimos a personas, en muchos casos resalta más su impersonalidad. Por ejemplo, cuando hablamos de “EEUU”, de la “ONU”, o de la “sociedad”. Así,

“todos [los] objetos [que llamamos personajes] remiten a *entidades de primer orden* —pueblos, naciones, civilizaciones— que llevan la marca indeleble de la pertenencia participativa de los agentes concretos que provienen de la esfera práxica y narrativa. Estas entidades de primer orden sirven de *objeto transicional* entre todos los objetos artificiales producidos por la historiografía y los personajes de una posible narración. Constituyen *cuasi personajes* capaces de

guiar el reenvío intencional desde el plano de la historia-ciencia al del de la narración, y a través de éste, a los agentes de la acción efectiva.”⁹³

Estos sosías de los “agentes de la acción efectiva”, aunque siempre son personas concretas, o bien son anónimos, o bien no se les nombra, o bien son figurados; para el penúltimo caso, además, carecen de la fama que les haría entrar en el elenco de las personalidades. Por su parte, las figuras, las instituciones, los organismos, las organizaciones y los grupos (plataformas y demás) conforman la panoplia propiamente impersonal de los personajes. Con todo, dentro de las personas, las personalidades y los personajes todavía tendríamos que hacer una subdivisión, atendiendo al modo, al momento y al grado de implicación en los acontecimientos en que participan. Quedaría así: 1) Actores, 2) Actores-agentes, 3) Agentes-actores y 4) Agencias (estas últimas instancias solo son aplicables para algunos personajes).

Actores son quienes realizan una acción, verbi-gracia, los soldados que participan en una batalla; actores-agentes son quienes además de realizar una acción propician otras, e. gr., el teniente que comanda a sus soldados en una batalla; agentes-actores son quienes tienen por actividad, principalmente, el propiciar otras acciones, pues, como dice Charles Taylor, “la idea de ser agente [es] esencial a la noción de persona, como noción de un ser al que pueden atribuírsele propósitos, que puede ser caracterizado por las metas que se propone y el modo en que trata el mundo a su alrededor”⁹⁴, con lo cual la muestra que podemos aducir, por no salir de lo militar, es la del general, que manda a sus tropas a la batalla entretanto él permanece en su puesto de mando; y, al fin, agencias son tanto las impersonalidades partícipes de una acción, por ejemplo, la Octava División de Infantería que participó en una batalla, como, por ejemplo, Caín y Abel en su lucha, enfrentamiento entendido a modo de metáfora del antiguo conflicto entre pueblos sedentarios (agricultores) y pueblos nómadas (ganaderos).

⁹⁰ Calificamos de más “esencial” a este basamento porque es el que refiere directamente a nuestro ser.

⁹¹ Foucault, Michel: *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2010.

⁹² Sánchez-Albornoz, Claudio: *Historia y libertad. Ensayos sobre historiología*, Madrid, Júcar, 1978, 70.

⁹³ Ricoeur, Paul: *Tiempo y narración...*, op. cit., 298s.

⁹⁴ Citado por Peña, Jorge: *La Poética del Tiempo: ética y estética de la narración*. Santiago de Chile, Universitaria, 2002, 114.

En fin, vamos con la parte histórica del Paralipómeneo, que es de naturaleza condicional, como todo lo histórico; de dicho entramado historiográfico vamos a comentar brevemente el «Múltiple». De hecho, *Multiplex* es un término inglés que tomamos prestado de las telecomunicaciones, y refiere la posibilidad de combinar múltiples mensajes simultáneamente en el mismo soporte de transmisión; por analogía, nosotros lo usamos con las temporalidades donde se combinan múltiples tiempos.

El ejemplo más claro es el de ciertos momentos dados durante los «transitores», o tiempos a caballo entre dos Edades; allí, los resabios de una edad histórica cumplida todavía perduran entre los despuntes de la nueva Edad que se inicia, siendo que además incluso pueden confluír en ese momento las exhumaciones de otros estratos todavía más antiguos. Con mucho, el transitor más conocido es el famoso *Sattelzeit* kosellequiano, tiempo a horcajadas de las Edades Moderna y Vanguardánea⁹⁵ que ocuparía de 1750 a 1850 más o menos⁹⁶. Y como segundo y último ejemplo, tenemos la muestra de los monumentos funerarios usuales desde la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), cuya particularidad arranca en la Revolución Francesa (1789-1799); allí, teníamos patente una primera anarquía de la monumentalidad fúnebre, que tras la progresiva descristianización de muchos iconos mortuorios termina con los cenotafios al soldado desconocido y el campo de estelas dedicado a las víctimas del Holocausto (1941-1945), máximas expresiones de la ola democratizadora y secularista que todavía vivimos⁹⁷. La desaparición de las referencias religiosas al más allá dejan un «Nicho Vacante»⁹⁸, siendo sustituidas por otros motivos

mundanizados, referencias “traspuestas a la esperanza de un futuro terrenal de la comunidad de acción política, donde la promesa de eternidad es temporalizada”⁹⁹. Como esta tendencia convive con las representaciones religiosas tradicionales, presentes en la mayoría de los cementerios, tenemos ante nosotros una confluencia temporal; confluencia de marcado perfil funerario, pues a la par pertenece a la temporalidad religiosa cristiano-occidental y a la temporalidad laicista (en verdad, no menos religiosa).

Y aquí terminan por hoy nuestras reflexiones desde la historia. No es que hayamos alumbrado gran cosa, pues el Ángel de la Historia o *Angelus Novus* benjaminiano sigue desafiando nuestros anhelos de justicia anamnética (*Metz dicit*); tal justicia, como muy bien lo esclarece nuestro filósofo Reyes Mate, significa redimir sin descanso el pasado que a menudo ni cuenta: el pasado de los vencidos¹⁰⁰. Entonces, ¡algo sí hemos hecho! Hemos reflexionado desde la historia anamnéticamente, ya que con tal concepto queremos referir la redención de tantas posibilidades intelectivas generalmente ninguneadas, en todos los cronotopos -desde que el hombre es hombre- (pues la Libertad es “poder elegir”, más toda elección conlleva al menos un descarte). Y como no podría ser de otra manera, toda aventura intelectual enfocada anamnéticamente redundante, más pronto que tarde, en los desfavorecidos de todos los tiempos y lugares, pues podemos y debemos elegir la dignificación de la humanidad entera: pasada, habiente y por venir.

⁹⁵ Vid. Raga, Pascual: *El Credo de la Aldea Global* (tesis doctoral). Valencia, UV, 2016, 56.

⁹⁶ Koselleck, Reinhart: “Introducción al *Diccionario...*”, op. cit., 94s. Dicho “periodo bisagra” es un concepto fundamental en toda la obra de nuestro historiador.

⁹⁷ Koselleck, Reinhart: *Modernidad, culto a...*, op. cit. El monumento a las víctimas de la Shoá, obra de Peter Eisenman, fue terminado en el año 2004.

⁹⁸ Este concepto de la biología, historiográficamente entendido, tiene mucho rendimiento; de este modo, desde la historiología el Nicho Vacante se puede referir al declive de alguna creencia, las cuales nos son tan imprescindibles además de reactivas natas de la historia. Cfr. Ortega y Gasset, José: *Obras com-*

pletas (9 vols.). Madrid, Revista de Occidente, 1965ss (V), 381-409, y (IX), 707-725, donde trata sobre el ser y desarrollo de las creencias; dichos ensayos se intitulan: “Ideas y creencias”, y “Un capítulo sobre la cuestión de cómo muere una creencia”, respectivamente.

⁹⁹ Koselleck, Reinhart: *Der politische Totenkult: Kriegerdenkmäler in der Moderne*. Múnich, Fink, 1994, 14.

¹⁰⁰ Mate, Reyes: *Mística y política*. Estella, Verbo Divino, 1990, 56.